

Digamos de entrada que el surgimiento y desarrollo de los llamados movimientos vecinales en Caracas y algunas otras ciudades nos parece uno de los hechos más interesantes ocurridos durante los últimos años en la sociedad venezolana. Sin embargo, debemos acotar inmediatamente que se trata de un fenómeno todavía mal conocido y frecuentemente mitificado, en unos casos por ingenuidad y en otros por abierto oportunismo.

La motivación de esos movimientos es casi banal, pero no por ello carente de significación: se trata de agruparse para luchar por reivindicaciones muy concretas relativas a la calidad del entorno urbano inmediato. No obstante, en su desarrollo han ido planteándose objetivos más generales y en apariencia más abstractos, el más notable de los cuales es el que tiene que ver con la exigencia de ampliación y profundización de la democracia: la experiencia les ha ido mostrando que el logro de sus objetivos inmediatos

está íntimamente asociado a una profunda reforma del régimen político que permita al ciudadano común una mayor incidencia en la toma de aquellas decisiones que más de cerca le conciernen.

Se trata, sin duda, de una dinámica no exenta de riesgos, el primero de los cuales es la tendencia a un cierto egoísmo parroquial: más de una vez la defensa de la calidad ambiental de un sector de la ciudad se ha planteado ignorando que, en muchos aspectos, esta es una totalidad inescindible. Pero este tipo de desviación ha sido propiciado y potenciado por la ignorancia y la demagogia de las propias autoridades municipales, que prefieren darle prioridad a sus objetivos clientelares por encima de los que derivarían de una clara estrategia urbanística, por lo demás generalmente ausente de las preocupaciones de nuestros subdesarrollados Concejos Municipales. Es así como se ha visto que decisiones de localización de

servicios esenciales pero que generan problemas en la vecindad, como es el caso de las escuelas y los hospitales, han sido reconsideradas no porque se hubieran revelado técnicamente desacertadas, sino porque han chocado con la oposición de asociaciones vecinales poderosas cuya simpatía política se desea preservar, procediéndose a su relocalización hacia sectores cercanos donde tales asociaciones fueran más débiles o simplemente no existieran. En aparente paradoja, la inconsistencia y oportunismo de las autoridades municipales alimenta el riesgo de frustración del potencial de esos movimientos.

Otro riesgo tiene que ver con la posibilidad de su esterilización si no logran trascender sus objetivos más concretos: una vez que éstos han sido alcanzados o, alternativamente, si la práctica demuestra que son de logro improbable, surge el peligro de la desmovilización. Peligro que únicamente parece posible conjurar por el establecimiento de objetivos más generales —como es precisamente el de la reforma política— que no sólo permitan mantener el movimiento en tensión por períodos más largos, sino que además, al ser alcanzados, lo coloquen en una situación cualitativamente nueva que, por sus propias características, promueva su ulterior desarrollo.

Aunque se trata de un fenómeno muy heterogéneo que interesa sectores de

la ciudad y estratos sociales sumamente diferenciados, los movimientos más visibles, en razón de su mayor acceso a los medios de comunicación, son los promovidos por los estratos de ingresos más altos. Siendo los problemas que estos confrontan los relativamente menos importantes y también los menos interesantes respecto a la totalidad del conglomerado urbano, se plantea un tercer riesgo: el que se le preste menos atención a los movimientos que, enfrentando problemas de mayor envergadura, están cargados de mayor potencial transformador.

La posición de los organismos públicos y de muchos políticos frente a estos movimientos suele estar signada por la ambigüedad e incluso por la hipocresía: en el plano declarativo, la razón electoral induce al elogio sin medida, como si ellos fueran los depositarios de toda virtud y de toda sabiduría; pero en la práctica se los trata como a tantos aguafiestas, a veces burdamente manipulados por pescadores en río revuelto.

Pero es cierto que también en el seno de esos movimientos es posible encontrar muchas veces sus propios enemigos. Como en toda organización social, también en ellos habrá siempre algún espacio para aquéllos que buscan usarlos como trampolín de sus muy personales intereses. Un riesgo que crecerá en la misma medida en que se incremente la capacidad de incidencia de dichos movimientos.

Sin creer que sean la panacea que

muchos parecen suponer, pensamos que los movimientos vecinales están aún lejos de haber desarrollado todo el potencial que encierran: para ello es indispensable que enfrenten exitosamente los riesgos mencionados y otros que seguramente se nos escapen. Dejando de lado la autocomplacencia, deberán reconocer que un aliado fundamental en esa dirección lo constituye la crítica independiente, la que aborda el análisis con rigor, desdeñando el aplauso fácil que suele acompañar a la desmesura laudatoria.

Debemos esperar que, cuando alcancen esa plenitud de desarrollo, opten por cambiar el nombre de **movimientos vecinales** por el de **movimientos ciudadanos**. Así estarán sugiriendo que, sin abandonar el interés por los problemas locales— que constituye su especificidad— han aprendido a encuadrarlos en el contexto más amplio y complejo, pero ineludible, del sistema urbano como totalidad.

